

— Narciso no hace más que preparar el reinado de Británico. Aunque asesino de tu madre piensa el poderoso liberto rescatar este pecado á los ojos del hijo destruyéndole todos sus enemigos y colocándolo en el trono. Y así ha jurado perseguiros hasta exterminaros. Y debe haberse granjeado en los días últimos grandísimas esperanzas de conseguir su objeto cuando ha soltado la lengua de Británico hasta el extremo de decir éste á su padre que abandone á la feliz Agripina como Eneas abandonó á la hermosa Dido. Por consecuencia necesitamos hacer mucho para granjearte cosa tan difícil de conseguir como la corona imperial. Y ningún título tan poderoso como el título de hijo del emperador, y ningún medio de ajustar este título como casarte con Octavia. Tu adopción bastaría en el ánimo superior de un romano verdadero, como bastó en el ánimo de Augusto la adopción de Tiberio. Aun así hay quien dice que Livia, tu bisabuela, necesitó envenenar al divino Augusto, para que mantuviera éste las disposiciones testamentarias prefiriendo el hijo de adopción á los últimos nietos que le había dado la Naturaleza y que restaban todavía vivos y diseminados en el destierro. Por consecuencia, Nerón, cuando tu madre se apercibe á repetir igual tragedia y á todo se arriesga por coronarte César, no deshagas con una pasión de niño los planes suyos y no la desvíes en trance tan supremo. Y el mayor deservicio que podrías hacerle, sería casarte con Acté. No digo á un emperador de la familia Julia, Nerón, á un simple romano jamás le perdonaría Roma el matrimonio con una esclava, y con una esclava oriental. Si con Acté unieras tu nombre y tu sangre harías bien yéndote á Rodas, porque no podrías vivir un minuto en la ciudad de tus dioses y de tu padre. Si llegases á tal desvarío, destruirías con tus caprichos el edificio levantado por Agripina con su poder y con su autoridad. Y tendría razón ésta en sacrificar tu Acté como los reyes helenos sacrificaron á la infeliz Ifigenia. Y nadie podría en el mundo, nadie, salvarla por ningún camino y con medio ninguno del furor de una enemiga tan poderosa. ¿Qué vas á conseguir con inútiles resistencias? ¿Qué vas á obtener con la perdición de Agripina y la perdición propia tuya, si no puedes en caso ninguno salvar á tu Acté? Convén de grado con aquello que ha dispuesto el destino. Como no has escogido en la Naturaleza tu madre, no has escogido

en la sociedad tu posición. Príncipe naciste, y tu calidad trae aparejada consigo muchos privilegios y muchos vejámenes también. Conformate con éstos, siquier sean muy repulsivos, y gozarás de aquéllos con mayor anhelo, siquier sean de suyo muy halagüeños. Lo que nunca puedes hacer, aunque los dioses del Olimpo y del Averno te lo mandaran, sería sacrificar tu corona imperial, sacrificar tu Ciudad Eterna, sacrificar tu madre Agripina, sacrificar todos tus partidarios á un capricho, cuando puedes plenamente satisfacerlo sin que tengas necesidad ninguna de legitimarlo en imposibles nupcias y de ofrecérselo en espectáculo á un mundo que cerraría los ojos para no verlo. Podrías perderte por algo favorable á la mujer predilecta. Pero la guardas á ella y te la guardas para ti siguiendo mis consejos, y la pierdes á ella y te pierdes tú siguiendo esos caprichos sin nombre, á los cuales te lanzas sin reflexión. ¡Vuelve sobre ti, cuitado, y oye á quien te trae la ventura sin límites y por mujer la Ciudad Eterna!

— Tienes razón. Dile á mi buena madre que cedo y me caso con Octavia. Esto me será tanto más fácil cuanto que sólo yo quería el matrimonio. Mis jóvenes amigos, si patricios, lo rechazaban por su sangre; si plebeyos, por su ciudadanía; si esclavos y libertos, por haber medido desde su baja condición el abismo á que yo quería lanzarme por amor. Apartábame de sus bordes el mismo Lucano, porque, si bien enamorado de la República, quiere una República por el modo de Bruto y de Catón, quiere una República patricia. Apartábame con mayor autoridad Séneca, pues como tú has dicho, si bien ha prosperado esta pasión, por creer necesario á la salud, así de mi alma como de mi cuerpo, el fijarlos sobre una sola pasión como la que Acté me inspira, también cree necesario mi matrimonio con Octavia para mi exaltación al Imperio. Pero todavía tengo algo más extraño y excepcional que decirte; aún tengo que decirte cómo la más opuesta de suyo al enlace y boda es Acté misma, por creerlo imposible y ocasionado á una separación más bien que á una aproximación. Vé, pues, y dile á mi madre que ha triunfado en todo y su Nerón será esposo de Octavia.

No lo dejó decir dos veces Vitelio á Nerón, en la prisa que tenía el senador, prisa natural, por dar el aviso á la impaciente Agripina, remachando así más y más el eslabón de viejos servi-



cios con que se hallaban su fortuna y su nombre unidos á la fortuna y al nombre de Agripina. No quiso ni aun detenerse para saber el efecto producido en la hermosa esclava por las meras proposiciones del joven César. Hacía justicia seca por completo á su penetración de mujer, é imaginábala tomando las promesas del rendido amante, que le ofrecía un imperio nada menos, como arrebatos del sentido embriagado por los vapores de la pasión y no como intentos de una voluntad resuelta y firme. Nerón mismo lo había previamente serenado con decirle cómo Acté se hallaba en primera línea entre los enemigos de la boda y se avenía con el papel secundario de manceba, y no muy segura, conocida la volubilidad incurable del joven César, no muy segura de que durase. Pasó con la mayor celeridad posible desde aquel recinto precioso al santuario palatino, encontrando á la emperatriz muy agitada en verdad, pero muy señora de sí misma. Habíanle llegado hasta el alma las conversaciones entre Tito y Narciso adivinadas por su natural inteligencia, el arrogante veto lanzado como un bofetón á su rostro por el envalentonado Británico, las emociones varias de los circunstantes airados contra ella en general, y sobre todo, la complacencia de Claudio con el rebelde Británico; pero este tropel de síntomas adversos batían y encrespaban todas sus pasiones á una, sin concertarla un momento, por incapaz de perturbarse, dado su práctico y experimental conocimiento de cómo la había salvado su personal serenidad, para entre tantos escollos no perderse y llegar al requerido puesto, es decir, al codiciado trono. Aunque un fruncimiento del olímpico entrecejo denotaba lo profundo del embargo de su espíritu, absorbido en la contemplación de cuantas dificultades la circuían, una sonrisa de sus labios abiertos como á la virtud y á la franqueza denotaba que veía el éxito seguro y feliz de su proceloso viaje por los mares de las ambiciones humanas. Agripina miraba los obstáculos como hipótesis; pero si le parecían supuestos para no arredrarse, también le parecían efectivos para contrastarlos y vencerlos antes de que apareciesen. Desvarío, desatino, demencia el pensar ó el creer en cualquiera de las rebeldías con que Nerón pudiera soñar, ó que pudieran sugerirle sus amigos, muchos en número, pero de condición y de calidad no buenos. Y á pesar de lo desvariadas que parecían resistencias de un

hijo como Nerón á una madre como ella, no estaba demás la hipótesis en el insondable abismo de la perversión humana, y Agripina se holgaba de haber expedido á Vitelio con tanta oportunidad y veía su vuelta sin recelo, con curiosidad. Mientras el enviado iba y volvía, ella tramaba su previsora conspiración interior contra todos aquellos que pudieran oponerse á su predominio y á su imperio. Irritadísima contra Británico, pensaba que no le convenía destruirlo y extirparlo, pues desaparecía un factor aprovechable para poner un freno á rebeldías posibles de Nerón, en cuanto se viese firme y solo bajo un solio no disputado, Reinan mal, según ella, todos los príncipes faltos de pretendientes á su lado que los agujoneen y les impongan las actividades despertadas por una competencia. Y lo que pensaba por un si respecto de Británico, pensábalo por otro si respecto de Claudio. Parecíale muy amenazador el embobamiento con que oyerá el cuitado á Británico, embobamiento merecedor de la muerte; pero no podía matarlo hasta que no le hiciera soltar del puño la solemne disposición temeraria en que dejara heredero al hijo adoptivo en detrimento de su propio hijo. Y lo que pensaba respecto de Británico y lo que pensaba respecto de Claudio, pensábalo también allá en sus hondas previsiones del esclavo liberto, de Narciso, á quien quería matar con aquella crueldad fría propia de sus voracidades exterminadoras; mas después, mucho después que á Claudio. Sin los amores del hijo adorado con la sierva oriental, acaso Agripina hubiese lanzado la centella de su furor sobre la cabeza de Británico, en cuanto cometié su desacato, y no hubiese tenido ni un minuto dudas, poniendo por epílogo á su discurso la muerte perdurable y el perdurable silencio de la muerte. Pero este amor de Nerón á sus espaldas y á escondidas parecíale un verdadero pródromo de rebeldías futuras. Y veía la probabilidad terrible de un albur siniestro: la probabilidad, segura casi, de que otra mujer ocupara su puesto y la excediera en poder, inspirándole pasiones de género tal que nunca las puede inspirar una madre. Ante una consideración semejante y un temor tan fundado como que la sustituyera en el trono quien debía por ley natural ocupar su corazón y su lecho, Agripina pensó en cosa tan desvariada é increíble como que Nerón encontrara en ella todo cuanto pudiera ofrecerle otra mujer cualquiera. Da horror escribir



esto, porque apenas parece, no ya cierto, ni siquiera concebible, ni siquiera imaginable; pero pasión de suyo tan soberana, como esta que se contrae por las cimas sociales, como lo que llamamos ambición, cuando se apodera y señorea de un alma, tiende á destruir como ninguna otra los obstáculos opuestos á sus satisfacciones profundas. Agripina jamás amó, ni por sentimiento, ni por sensibilidad. No requirió del amor ni la emoción de las almas puras que se gozan en verse correspondidas, ni la sensación de los cuerpos voluptuosos que se gozan en los sacudimientos y en las vibraciones de una sensación como la que á los sentidos procura el goce carnal. Había buscado Agripina el deseado logro de sus ambiciones en todos sus amores. Y queriendo lograr lo ambicionado, no había tenido inconveniente alguno en saltar sobre todas las leyes divinas y humanas, encenagándose con frialdad y por cálculo en todos los vicios, pagando con goces y placeres los medios que le habían procurado el capital objeto donde condujera su vida: el imperar. Había compartido su lecho por ambición meramente con el número de hombres necesario á saciar la sed hidrópica de ambición que la poseyera desde las entrañas de su madre, bien al revés de su predecesora en el trono, Mesalina, que sólo se había propuesto en sus innumerables amores divertirse y gozar. Ella quizás amara en el comienzo de su pubertad al marido Eneobarbo, de quien tuvo su Nerón. Después no había obedecido en todas sus relaciones amorosas á ningún otro sentimiento más que al sentimiento de su ambición. Amaba como mataba, por el poder. En busca del poder había bajado hasta los brazos del siervo Palas y subido á la imperial cama de un pariente tan repulsivo como su tío Claudio, hermano de su padre; incesto legal, abominación de las abominaciones en Roma. Pues la que había hecho todo esto, no se hallaba en el caso de sublevarse contra sí misma, si la noche oscura de su conciencia y la natural perversión de su voluntad le habían sugerido una idea tan espantosa como la idea de sustituir en el ánimo y en el favor de Nerón á la pobre Acté. ¡Oh! Si el futuro emperador encontrara en ella cuanto podían ofrecerle á una las demás mujeres, ¿no lo tendría rendido Agripina por completo á sus pies, y así no dispondría eternamente del Imperio? Nosotros no podemos pararnos ante un crimen tamaño, no podemos. Necesitamos pasar de largo. Pero fal-

taría una fase capital de la historia que venimos contando si omitiésemos una tan horrible. Y no podemos omitirla, porque resultaría inexplicable cuanto vamos á historiar si dejásemos de recordarla. Oigamos unos momentos brevísimos el diálogo entre Agripina y Vitelio.

— ¿Por fin lo has traído á razón?

— Lo he traído.

— No podía menos.

— Algo me costó.

— ¡Qué quieres! Así es la naturaleza humana.

— ¿Se casa por fin con Octavia sin repugnancia?

— Se casa.

— Demos gracias á los dioses. Pero créelo, Nerón jamás debía oponerse á ningún mandato mío. No me canso de procurarle ventajas. Ya ves cómo logré que pronunciase ante Claudio el discurso por Troya que tanto favor le ha ganado hoy, que tanto imperio concluirá por procurarle mañana. En las últimas fiestas latinas hele dado un lugar entre los patricios como el lugar del sol entre los astros. Cuantos han ido á las montañas de Albano en el deseo natural de rendir parias á Júpiter Laciár han visto que Nerón se quedaba en Roma de Júpiter Olímpico, pues Claudio le había entregado el Imperio, aunque fuese por una semana. En verdad te digo que hay para desconfiar de una misma, si ese cuitado, puesto por mí en el mundo primero y en el trono después, llegase á sentir la menor veleidad, no ya de rebeldía, de independencia.

— Nada; no tengas cuidado. Piensa que dar la mano á Octavia es el mayor sacrificio dable por Nerón en sus aras y que de grado lo ha ofrecido. Se casará, pues.

Y se casó, como dijera Vitelio. En efecto, Nerón fué hijo de Claudio por su casamiento con Octavia, amén de serlo por adopción del emperador. Para olvidar todos los inconvenientes jurídicos, Octavia salió por legal adopción de la familia Claudia, y una vez fuera legalmente, pudo unirse con ella el hijo de Claudio, sin que nadie pudiera decir que se unía en matrimonio con una hermana. Así eran las leyes en Roma bajo el emperador y el Imperio.